

muchas veces entra como un tercer elemento cuando la estructura y la forma ya han sido decididas de antemano e independientemente. De esta arquitectura en la que no hay correspondencia entre tipo y contenido, de este choque entre estructura, forma y función entendidos como fenómenos distintos, surge la fuerza, y también a veces el delirio, de los proyectos de estos jóvenes holandeses. Sin embargo, lo que son obras muy cuidadas en Holanda se convierten en España en proyectos de segunda fila, más para impactar o especular que para hacer buena arquitectura. Así el Silodam de Amsterdam tiene su correspondiente en el bloque de 125 viviendas en el barrio de Sanchinarro, Madrid (2001-2005), proyectado con Blanca Lleó, en el que los materiales de recubrimiento expresan de manera decorativa esta suma de volúmenes; y en cuyo centro surge un enorme vacío mucho menos justificable que la plataforma que en la planta baja del Silodam permite contemplar el mar y el movimiento de los barcos. En Madrid el resultado final no es la expresión de la diversidad tipológica, sino el icono del gran arco se decidió antes que la combinación interior de células de vivienda. El resultado es un laberíntico hormiguero para malvivir desde el que contemplar la desoladora periferia madrileña.

De la misma manera el brillante invento del Pabellón de Holanda en la Expo de Hannover se ha repetido en otros proyectos, como el aún no realizado Palacio de la Diversidad para el Zoo Marítimo en el Forum 2004, pendiente del traslado del zoológico de su emplazamiento actual en el Parque de la Ciudadela.

Otro proyecto increíble es la propuesta que hicieron para el concurso del Museo de los Antepasados en La Coruña (2003), que no ganaron y en el que se planteó que los espacios del museo quedarán emparedados en el espacio verti-

el programa: este cruce de lógicas crea un abismal espacio vertical y estrechos espacios de exposición en sucesivos pisos que no sirven como museo. La forma tan impactante y autónoma, que no permite adaptarse al lugar, sólo se justifica como anzuelo para unos políticos que necesitan la presencia en los medios de comunicación para seguir en la actualidad. Inadecuado como museo, hubiera sido una buena propuesta para nueva sede de la Xunta de Galicia.

Valiosa aportación

En definitiva, la aportación de MVRDV es sumamente valiosa: por sus obras terminadas y por la gran cantidad de experimentos al límite, de momento irrealizables, y en algunos casos por suerte, como sus propuestas dramatizadas para Benidorm (2000-2004), sembrándola de inmensos rascacielos con forma de cruz. La imagen tan impactante de la costa ibérica macizada de edificios tiene la astucia y perversión de proponer una tipología, el rascacielos en forma de cruz, que es la suma del rascacielos soviético, el Apoyanuves (1926) de El Lissitzky, y el rascacielos norteamericano vertical.

Al mismo tiempo, todos estos juegos formales pretenden partir de una serie de mecanismos racionales y sistematizables, como el programa de ordenador llamado *El mezclador de funciones*, inventado por Winy Maas para que con la intervención de los proyectistas y de los futuros usuarios se puedan elegir cuáles son los factores esenciales de partida en el proyecto y descubrir las formas diagramáticas que genera su combinación en el lugar del encargo. En definitiva, en el contexto de la arquitectura holandesa (y también en el panorama internacional) MVRDV ha conseguido fundir dos tradiciones contemporáneas esenciales que actualmente se desarrollan escindidas: la experimentación de puro juego for-



cal creado por un volumen con la forma del mapa de Galicia. La propuesta de MVRDV fue la más impactante de todas, y tal como sucede en otros de sus experimentos, se plantea una idea, un nuevo híbrido del que pueden surgir sucesivos proyectos. La propuesta de museo como un edificio vertical cuyo perfil es el mapa de Galicia es una atractiva síntesis de la idea del edificio anuncio de Robert Venturi y de las propuestas de edificio masa de Rem Koolhaas. La fuerte voluntad simbólica, sin embargo, no resuelve

mal, el énfasis en el diseño, por una parte, y los estudios numéricos, sistemáticos, cuantitativos y diagramáticos que se concretan en programas de ordenador, por otra. En MVRDV se da una sabia síntesis de ambos procedimientos que, en algunas ocasiones, genera lo que ya son obras maestras contemporáneas, como el Silodam; que en otras quedan como experimentos delirantes a la espera de otra oportunidad en la que se afine más; y que, en algún caso, son inquietantes y peligrosas propuestas. |

CRÓNICAS RIFEÑAS



PACO SANCHIDRIAN

El judío Zaabul

Se llamaba Zaabul. Los aldeanos de Ben Bufrah como los de Beni Guemil y de Snada, que solían acudir a él para pequeños préstamos de dinero, no le conocían otro nombre o apellido que ése

ALI LMRABET

Durante mucho tiempo, esos rudos rifeños pensaron que se llamaba así. Zaabul de simple. En realidad, el nombre de Zaabul venía de la "zaabula", una pequeña bolsa de cuero bordada de seda que ese usurero llevaba colgada de una correa que cruzaba del hombro derecho al lado izquierdo. La "zaabula" servía para llevar dinero.

Los pocos testimonios que hay sobre Zaabul indican que era impopular entre sus compatriotas marroquíes. Vivía en Torres, un minúsculo pueblo costero construido por los españoles y situado a pocos kilómetros del dispensario donde trabajaba Taimunt. Sus clientes acudían desde muy lejos para hipotecar sus tierras a cambio de un préstamo. Muchos de esos clientes comenzaban alabándole efusivamente por prestarles dinero y acababan, cuando no podían devolverlo, odiándole pasionalmente.

No se trataba de antisemitismo, una lacra que nunca tuvo cabida en ese mundo cerrado e inhóspito. Si Zaabul hubiera sido musulmán y usurero, lo habrían odiado con la misma intensidad.

Uno de los asiduos clientes de Zaabul era el segundo marido de Taimunt, mi abuelo Abdallah. La inmadurez, la irresponsabilidad, o más bien las necesidades para sufragar los gastos de los tres niños que nacieron después de la unión entre el chico de Ben Guemil y la señora de Bokkoya, hicieron que Abdallah acumulara deudas, hipotecando sus tierras.

Un día, llegó lo que tenía que llegar. La deuda se acrecentó de manera desorbitante, el usurero comenzó a inquietarse y al final no tuvo más remedio que pedir la devolución del dinero prestado. Como Abdallah no tenía ni un real hasaní, Zaabul exigió el embargo de sus bienes. Para un rifeño otro que Taimunt, quedarse sin tierras era una probabilidad. En esa época, los suburbios de Tetuán, Tánger y Fez estaban llenos de

rifeños arruinados o huidos de las hambrunas que se abatían regularmente sobre el Rif. Pero para la enfermera de Beni Bufrah esa probabilidad no debía existir. "No quiero que se llamen a mis hijos como nos llamaron a nosotros en Tafnesa: los 'Mis sin tierra' (Hijos sin tierra)", vociferó mi abuela.

Ese fue el detonante de una mítica historia de negociación que se recuerda aun en mi familia. Una mañana, Taimunt cogió sus tres hijos pequeños Mohamed, Ahmed y Fettuma y se echó al campo en dirección de Torres. Allí, al lado de un árbol centenario, cerca del puesto militar español, y bajo la mirada de paseantes atónitos por el inusual espectáculo, comenzaron las palabrerías, los chillidos y las amenazas recíprocas entre una musulmana testaruda y un judío cicatero. El barullo se armó en una lengua, la chejja de los rifeños, que los extranjeros no entendían.

Después de largas horas de gritos se llegó a un acuerdo. Mi abuela se hacía cargo del dinero debido por su marido comprometiéndose a pagar una suma mensual hasta la extinción de la deuda. En cambio recuperaba sin más tardar las tierras embargadas.

Durante décadas, Taimunt pagó religiosamente estas letras de cambio firmadas en 1921, sin rechistar y sin faltar una sola vez. Cuando Zaabul murió, Taimunt trasladó el pago pagando lo prometido a su viuda, y cuando ésta murió también, el dinero fue enviado a uno de los hijos del difunto usurero que residía en Alhucemas.

La deuda nunca se extinguió porque un día el orden de pago fue devuelto. El beneficiario había desaparecido sin dejar rastro. Era el comienzo de los años sesenta, Marruecos acababa de recuperar una independencia expropiada durante cuarenta y seis años y los judíos marroquíes abandonaban masivamente el país para una tierra prometida situada en la otra punta del Mediterráneo